

LA CANCIÓN DEL CISNE

Á FRANCISCO AQUINO

— ¡Que cante! —dijeron. Su pálida frente
coronada de rosas y adelfas,
con gallarda altivez, arrogante
levantó el poeta.

Apuró de un trago su copa de vino;
se enjugó una lágrima,
y con voz vibrante recitó estos versos,
notas arrancadas del fondo del alma:

— «Oh, pasados goces,
alegres memorias

de mi adolescencia, que á lo lejos fingen
tropical paisaje que alumbra la Aurora!

¡Oh, castos delirios
de mi virgen pálida,
cuya voz amante, suspirando amores,
aún parece que vibra en mi alma!...

En mis horas de insomnio la miro,
flotante el cabello, de blanco vestida,
reclinada en la reja, esperando
la divina ilusión de la cita!

¡Oh, santas memorias
que olvidar no puedo!...
La casita abierta, como un lirio blanco,
entre los frondosos árboles del huerto!...

La reja moruna
cubierta de rosas,
donde tantas veces estreché sus manos
y besé su boca!

Sus dulces sonrisas, sus tristes suspiros,
y aquel talle esbelto, y aquel rostro pálido,
que al besarlo la luna tomaba
temblorosos reflejos de mármol!...

Sus hondas miradas...
¡Y aquellas pupilas,
que aún parece que llevo clavadas
dentro de las mias!

¡Qué larga y qué triste
la cita postrera!...
Aún lloran mis ojos y gimen mis labios
cuando la recuerdan!...

La Luna en Oriente
asomaba su disco de plata,
y las claras ondas, suspirando amores,
con besos de espuma besaban la playa.

Esencias de nardos, jazmines y rosas,
 en el aire aspiraban las brisas;
 y á lo lejos, velando su nido,
 un enamorado ruiseñor gemía...

— ¡Adiós! ¡No me olvides! —
 me dijo llorando,
 con los ojos fijos, con la voz tan triste,
 que mis ojos cegaron de llanto...

Y estrechando trémulo
 sus manos heladas,
 las llevé á mi boca; las quemé con besos,
 las regué con lágrimas!...

Y ella, rodeando
 con sus brazos desnudos mi cuello,
 con los ojos bajos y la voz de angustia,
 igual que Julieta le dijo á Romeo,

en la noche inmortal de la escala,
 cariñosa y trémula
 murmuró á mi oído: — No cantó la alondra...
 ¡Aún es tiempo!... ¡Espera!...

Dos veces de novias
 se vistieron los verdes naranjos...
 Y la virgen pálida se murió una tarde
 mi vuelta esperando!

Del rosal, que adornaba su reja,
 las últimas rosas,
 cubrieron su caja... Bajo un verde sauce
 cavaron su fosa!...

Desde aquella tarde
 no sé cómo vivo...
 La nostalgia consume mi alma
 y devora mi vida el hastío!

Y tan sólo pensando en la muerte
 consuelo mis penas,
 porque sé que sentada en la tumba,
 con los brazos abiertos me espera!...

Allí volveremos á vernos, y unidos
 quedarán para siempre los cuerpos,
 en un fuerte abrazo
 y en un beso eternos!... —

Y mientras, borracho de pena, el poeta
 su frente inclinaba
 sobre un seno de rosa y de nieve,
 á los dulces acordes de un arpa,

una virgen rubia, de blanco vestida,
 con los ojos bajos y la voz muy triste,
 entonó ruborosa y doliente
 la canción del cisne!...

— El cisne cautivo desplegó las alas,
 se elevó á los cielos y murió cantando...

Cuando argenta la luz de la Luna
 el cristal tembloroso del lago,
 envuelto en un blanco sudario de ensueño,
 el cuerpo del cisne se mira flotando...
 ¡y aún parece que vibra su acento
 con rumores de besos lejanos!...

EN ALTA MAR

A JOSÉ JESÚS GARCÍA

En ligero esquife
coronado de rosas y ensueños,
la pareja de amantes navega
por el trágico mar del misterio.

Se enciende la Luna: rosa de oro abierta
en el campo celeste del cielo...

Y á su luz resplandece el esquife,
cual si fuese hecho
con copos de nieve y plumas de arcángeles
arrojados por Dios desde el cielo!

Allá va la pareja de amantes,
dando alegres sus cantos al viento...

En sus ojos fulgura la dicha
y en sus labios florecen los besos!...

Y entre los zafiros de la mar tranquila
alegres simulan los golpes del remo,
apagados rumores de risas
y aletazos de pájaros presos...

Y detrás, solitario y sombrío,
se desliza, de sombras cubierto,
cual flotante ataúd misterioso,
un esquife negro...

Es su estela de sangre y de lágrimas...
Y semeja el rumor de los remos,
aullidos de fieras,
maldiciones de rabia y de celos...

Allá va, por el mar de la vida,
en el blanco bajel de mis sueños,
nuestro amor inmortal, dando al aire
sus himnos sonoros de amores eternos!

Dentro de la nave, con las manos juntas,
Julieta y Romeo,
como cisnes que mueren de amores,
besándose entonan
la divina canción de los besos!...

Mas detrás, solitario, navega
el esquife negro...

En su fondo, empuñando la daga
y mirando á Desdémonas, Oteló
lanza al aire, rugiendo de ira,
la canción inmortal de los celos...

Al abrir otra vez su corola
la rosa de oro que alumbra los cielos,

verá sólo un esquife vagando
errante y perdido, por el mar sereno...

Y sobre las olas
á dos cisnes muertos,
con las alas juntas, los picos unidos
y enlazados los gráciles cuellos!...

Hasta las Sirenas,
temblando de miedo,
oyen en la playa, los cantos sombríos,
que desde su esquife, rugiendo de celos,
en las noches de amores, entona
la sombra de Otelo!...

EN LA PENUMBRA

Á PEDRO BARRANTES

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas,
al pie de la recóndita capilla,
en una vieja iglesia solitaria.

Nadie á rezar se acerca; nadie dobla
su rodilla ante el ara de esa santa
que el polvo de los años va borrando
en la vetusta tela deslustrada.

¡Virgen de la Sonrisa, la que tiene
 las manos á los cielos levantadas,
 la túnica de oro y pedrería,
 y el terror de la noche en la mirada!...

Todo está muerto en ella, hasta el cabello
 que pende inmóvil por la yerta espalda!...

Sólo sus labios lívidos sonríen;
 y su dulce sonrisa es una lágrima
 que no termina de caer, suspensa
 en los rubíes de su boca pálida...

Mi vida es una lámpara votiva
 que esparce el oro insomne de sus llamas,
 al pie de la recóndita capilla,
 en una vieja iglesia solitaria!

LOS JARDINES SOLITARIOS

Mis jardines están ebrios de flores
 y sonoros de paz. Bajo la blanca
 polvoreda lunar ó adormecidos
 en el oro del Sol, mientras las ramas
 se estremecen, las hojas centellean,
 las fuentes gimen y las aves cantan,
 evocan nuestro amor y se preguntan:

— ¿Dónde están los amantes que cruzaban,
 como soñando, nuestras verdes sendas,
 con las trémulas manos enlazadas,

y á flor de labios, deshojando á besos,
la blanca margarita de sus almas?... —

El canto de los claros surtidores
al desgranarse en las marmóreas tazas,
decir parece al viento fugitivo
que deshojando los rosales pasa:

— ¿En qué nuevo jardín, junto á qué fuente,
acarició la seda de tus alas,
las suavidades de su cabellera
en el temblor de un beso destrenzada?...—

¡Ven de nuevo al jardín, á ornar de rosas
el noble mármol de tu frente pálida!

Sueñan las avenidas con el tenue
y suave rumor de tus sandalias;
y enlazando entre hiedras sus ramajes,
la florida glorieta solitaria,

es un alcázar de silencio y sombra
que á nuestro amor, para ampararlo, aguarda!

Las fuentes dan aromas de frescura;
los ruiseñores encantados cantan,
y como lluvia celestial del cielo
flota una vaga ondulación de plata.

Todo espera, soñando, tu regreso!
Murmura el surtidor, el árbol habla;
y todo se estremece y todo llora,
mientras entre el murmullo de las ramas
el viejo Pan sobre una fuente, inmóvil,
en el silencio del jardín, desgrana
— como voz de las cosas inefables —
los sonoros temblores de su flauta!

NUEVAS RIMAS

I

Decid, cándidos lirios,
místicas azucenas,
perfume virginal de los jardines,
¿quién es la sombra que mis pasos vela?

No hay línea que dibuje sus contornos
ni existen notas que cantarla puedan.

Es música su voz, su aliento aromas
y sus ojos estrellas...

Es una sinfonía de Beethoven,
de Luna, cantos y fragancias hecha,
aún más blanca y más pura
que la misma pureza!

Tan sólo un nombre: ¡alma!,
pueden decir mis labios ante ella;
nombre cuyo sentido sólo supo
mi pobre corazón, al conocerla!

Decid, cándidos lirios,
místicas azucenas,
perfume virginal de los jardines,
¿quién es el ángel que mis sueños vela?

II

¡Tú para mí! Tus labios en mis labios,
tus brazos enlazados á mi cuello,
y todo el sueño de tu cabellera
velando la avidez de nuestros besos...

Y tus palabras para mí, llenando
de música y caricias el silencio
con tu voz, que en la tumba de mi alma,
es un ¡fiat lux! que resucita muertos.

¡Tú para mí! La vida nos ha unido
en un abrazo y en un beso eternos...

¡Ven! En las arideces de la senda,
cuando se canse de sufrir tu cuerpo,
mis brazos sostendrán tus timideces
y su almohada te dará mi pecho...

¡Ven! La noche es propicia... ¿Qué te importa
que en la tiniebla nocturnal, el miedo
haga temblar tus carnes y hasta erice
en un terror de angustia tus cabellos?...

Mi mano te guiará. Nuestro camino
será una copla eterna, y el silencio
jamás se hará á tu lado, mientras queden
cantos al alma y á los labios besos!

III

¡Volvamos á soñar! La vida pasa
desnuda por los campos soleados,
agitando su tirso floreciente
y perfumando el aire con sus cánticos.

Para copiar su imagen se detienen
las aguas en la plata del remanso;
vuelven las golondrinas para oírle,
y los yermos florecen á su paso.

¡Vida!... ¡Volvamos á soñar!... ¡Soñemos
con nuestro nuevo amor! Arde en el campo